

Beatriz Olivenza
*Mamá duerme
la siesta*

XXXII Premio Felipe Trigo
de Narración Corta

algaida



Un jurado presidido por Clara Sánchez Muñoz y compuesto por Isabel Rivera Manzano, Jan Joscha Finger, Noemí G. Sabugal, Bernardo Pilatti, Isabel Román Román e Isabel M.^a Pérez González otorgó a la novela *Mamá duerme la siesta*, de Beatriz Olivenza, el XXXII Premio Felipe Trigo de Narración Corta, que fue convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena.

Primera edición: 2014

© Beatriz Olivenza, 2014

© Algaida Editores, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-967-7

Depósito legal: SE-2115-2013

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Niños

A TODO EL MUNDO LE GUSTAN LOS NIÑOS. Quién se atrevería a decir lo contrario. Y, sin embargo, qué aterradores pueden llegar a ser.

A determinadas horas están por todas partes. Salen de los portales tirando de sus carteras con ruedas, vestidos con su chándal de deporte, con su *baby* de rayas asomando bajo el anorak. Se dirigen en riadas hacia la escuela, de la mano de sus padres y abuelos, que los arrastran como a un peso muerto ahí detrás, siempre remolones, todo el rato desviándose del camino recto, entreteniéndose con cualquiera que pase, mirando insolentes desde su altura, a ras del suelo. Parece que conocen el secreto, estas criaturas diminutas,

de quien, como él, lucha por abrirse paso entre ellas a zancadas, por salir huyendo calle adelante, sin mirar nunca hacia abajo, hacia sus caras relucientes, vueltas hacia lo alto en un gesto de interrogación. Y qué pesadilla, los mediodías: ese momento en que el ruido de tráfico y transeúntes se queda un instante en suspenso para que en el inesperado silencio se oiga el sonido vibrante de cientos de timbres, de las cientos de escuelas que en ese instante abren sus puertas y dejan escapar un río salvaje, de pequeños greñudos con el *baby* sucio y el bajo del pantalón descosido, que corren hacia sus familiares con las bocas abiertas de par en par, riéndose, gritando, llorando, contando a borbotones lo sucedido en las horas que han pasado separados, y de pronto sucede que las calles son suyas y no hay sitio por donde escapar; si acaso queda meterse de rondón en un portal ajeno y fingir que se busca un nombre en los buzones, y taparse mientras tanto los oídos o cantar muy fuerte para no oír el concierto de voces agudas que ha conquistado la calle.

Hay épocas del año en que el peligro se extiende a cualquier hora del día: las vacaciones,

esos largos meses en que las escuelas se clausuran y vomitan al mundo su carga de seres inquietos que corretean con piernas de cervatillo arriba y abajo, por las aceras, por los parques y supermercados. Qué época terrible, en la que él va del trabajo a casa y de casa al trabajo con los ojos clavados en el suelo delante de sus pies, y el sudor le corre frente abajo cuando en su reducido campo visual entran unos piecitos calzados con unas zapatillas de colores, de talla inverosímil, porque sabe que sólo con alzar la vista unos centímetros se encontrará con el cuerpo reluciente, apenas cubierto por el atuendo de verano, o con el pelo mojado por el baño que deja caer una gota tras otra sobre la espalda dorada por el sol, de una belleza insoportable.

Y qué vida injusta, en definitiva. Huir así, constantemente; cambiar de acera frente a piscinas y parques infantiles, bajarse de golpe del autobús ante la entrada de una bulliciosa fila de hermanos, rechazar invitaciones a fiestas familiares. Y siempre el miedo, y la prevención, y la vergüenza. Terrible injusticia, en fin. Cuando la realidad es que a él los niños no le disgustan. Bien al contrario.

Un sitio vacío

LA PRIMERA MAÑANA EN QUE SE ENCONTRÓ vacío el puesto de Joaquín, anduvo algo inquieta durante un par de horas, convencida de que, de un momento a otro, iba a verlo entrar corriendo con ese aire suyo taciturno, con la cabeza gacha, rehuyendo los ojos de los compañeros para no dar explicaciones por el retraso. Era un lunes de finales de abril, y la única vez en todo el año que Joaquín no había llegado puntual al trabajo. La novedad la tuvo desconcertada hasta la pausa del café. No fueron muy felices sus operaciones telefónicas aquella mañana: más de diez interlocutores cortaron la comunicación sin previo aviso, un adolescente se burló de su acento, un hombre

de vozarrón destemplado la llamó *sudaca de mierda* antes de colgar. Sólo un ancianito escuchó en silencio religioso las cualidades de la nueva y ventajosa tarjeta de crédito, que ella le expuso algo aturullada, hasta que un tenue silbido al otro lado del hilo le indicó que su interlocutor se había quedado dormido.

A eso de las once se convenció de que su vecino de puesto debía de andar enfermo y ya no vendría. Tuvo entonces que luchar contra la tentación de telefonarle, *también son ganas de seguir colgada del teléfono en mi pausa para el desayuno*, bromeó consigo misma. La razón era otra, en realidad: podía adivinar el azoramiento de Joaquín al recibir su llamada, su incapacidad para encontrar palabras con las que corresponder a su interés, su voz de niño asustado agradeciéndole la cortesía pero deseando colgar para volver a refugiarse en su silencio. No llamó.

Al día siguiente, la jefa anduvo remoloneando por entre los puestos de los operadores y se dejó caer varias veces por el de Joaquín, hurgando con sus dedos de uñas larguísimas las filas de notas pulcramente ordenadas sobre

su mesa. En una de esas, se inclinó hacia ella y le habló al oído:

—Gabriela, ¿tú sabes algo de Joaquín?

Ella andaba en esos instantes cantándole a su interlocutora telefónica los loores a un apartamento en multipropiedad que podría corresponderle con una sencilla operación, así que se limitó a mover la cabeza en sentido negativo. Leyó la contrariedad en los ojos de su jefa, que en seguida frunció los labios con un gesto que ella le conocía bien y se alejó taconeando. Era la única persona capaz de hacer resonar el ruido de sus zapatos sobre aquel suelo cubierto por moqueta. Gabriela se volvió para verla alejarse: a medida que avanzaba entre las filas, los rostros de los teleoperadores se iban quedando congelados, los labios petrificados en la pronunciación de un sonido, apenas unos segundos, los suficientes para comprobar que aquella mujer terrible pasaba de largo. Gabriela se asustó. En cuanto pudo, se refugió en el cuarto de baño y llamó a Joaquín con el móvil. Nadie descolgó el teléfono, saltó el contestador. Insistió un par de veces más y al final le dejó un mensaje atropellado:

—Joaquín, qué tal estás, soy Gabriela, del trabajo, estamos preocupados por ti.

No es que los demás lo estuvieran mucho, en realidad; allí nadie tenía tiempo ni ánimos para echar de menos a nadie. Tan sólo Gabriela sentía que, faltando Joaquín, aquella sala enorme y enmoquetada, en la que se mezclaban decenas de conversaciones sobre productos en oferta, se volvía definitivamente un lugar frío e inhóspito. Joaquín hablaba poco, era verdad, y no contaba nunca intimidades, pero la había ayudado mucho al principio, cuando las cosas vinieron tan mal dadas, e incluso, y eso nadie lo sabía, la había dejado dormir un par de noches en un sofá cama de su salón, antes de que ella consiguiera un huequecito en un piso compartido. Y era el único compañero que le preguntaba por su tierra, por su niño Rafael, que se había quedado al otro lado del océano, al cuidado de su abuela, y con el que Gabriela sostenía conversaciones apresuradas, llenas de interferencias, todos los domingos desde la cabina de un locutorio.

De pronto, un sentimiento de culpa se le vino encima y la dejó paralizada, allí en el cuar-

to de baño, frente a la hilera de cuatro lavabos gemelos. Se miró en el espejo, avergonzada. No se había acordado de Joaquín desde el día anterior; era la única persona que le había demostrado interés y generosidad desde que llegó a España, y ella se había sacudido su preocupación por él en cuanto salió del trabajo, y en su lugar había estado rumiando sus asuntos: las peleas con los compañeros de piso que armaban ruido y no limpiaban los espacios comunes, las piruetas económicas para llegar a fin de mes, las suspicacias de la propietaria, que nunca estaba contenta con los plazos del pago del alquiler. Tal vez estuviera enfermo, tal vez tuviera un problema familiar, pero ella no se había preocupado de averiguarlo. Ahora se daba cuenta de que últimamente Joaquín se había mostrado extraño, más nervioso que de costumbre, y que ella lo había descubierto en varias ocasiones mirándola de reojo desde el puesto vecino, como pidiéndole ayuda, como lanzándole un cabo que ella no quiso recoger. Haciendo un esfuerzo, creía recordar que uno de los últimos días que vino al trabajo, el jueves

o tal vez el viernes, él había intentado varias veces aproximarse, como para iniciar una conversación, y ella, que estaba con la cabeza liada en mil cosas, había tardado tanto en contestarle que él le había respondido: *Nada, déjalo, Gabriela.*

—Déjalo, Gabriela —se estaba diciendo a sí misma, mirándose muy seria en el espejo, cuando oyó los pasos de la jefa que se acercaba y se puso a lavarse las manos a toda velocidad antes de volver a su puesto, no fuera a ser que le llamaran la atención por entretenerse demasiado. No sería la primera vez: en alguna ocasión había aguantado una catarata de reproches a pie firme en aquel mismo lugar, sin reunir valor siquiera para cerrar el grifo ni secarse las manos.

A todos les sería muy fácil odiar a la jefa de no ser por las historias que corrían por la oficina; al parecer había perdido a su único hijo unos años atrás, víctima de un accidente terrible que nadie era capaz de precisar. Se hablaba de ahogamiento, unas veces en la piscina y otras en un río, de un juego peligroso en compañía

de otros niños o de un exceso de sol o de un corte de digestión. Aquella noticia difusa disolvía la enemistad de las filas de teleoperadores como por ensalmo: algunos sentían una conmisericordia silenciosa, otros la disculpaban con un *ya se sabe, el sufrimiento puede cambiarle a uno el carácter*. Pero lo cierto era que nadie recordaba cómo era aquella mujer antes de la desgracia. Gabriela habría querido ser de los que se apenaban, pero la idea del hijo muerto le producía un terror supersticioso. Cuando la jefa posaba en ella su mirada taladrante, empezaba a darle vueltas a la idea de perder a su niño Rafael, qué vida absurda era aquella, en que un rato de diversión se llevaba a los muchachos ya crecidos y bien criados, y del pánico de imaginarse a su niño nadando en una simple charca se le dilataban las pupilas y la respiración se le entrecortaba, y la jefa daba por terminada su recriminación a aquella empleada que, no había más que verle la cara de pánico, había aprendido lo que no debía volver a hacer.

Esa tarde, Gabriela se atrevió a curiosear entre las notas que poblaban el puesto de Joa-

quín. Todo lo tenía apuntado en papeles amarillos adhesivos de distintos tamaños; poseía el orden y el método que a ella le faltaban. Una fila de notas cuadradas que bordeaban su mesa dejaba ver una sarta de consejos: *Saludar jovialmente y sin esperar respuesta. Si descuelga un hombre, preguntar por la señora de la casa. Si descuelga un abuelo, quedarse con él; los abuelos son los mejores.* Algunos papeles habían desbordado el tablero y descendían pegados a la pata de la mesa, como una hilera de hormigas: *No dejar tiempo para colgar. No darse por aludido frente a la hostilidad y el rechazo. Variar el tono de voz para no aburrir. A la primera oportunidad, pedir el número de cuenta.* Luego estaban los papeles alargados, algo más grandes, que contenían anotaciones sobre las llamadas realizadas: números de teléfono en los que había que insistir, cuestiones horarias, comentarios sobre el posible cliente. Los había de muchos tipos: *Viejecito cordial, pero ojo con la nuera. Tipo con malas pulgas. Señora con ganas de hablar, pero poco dispuesta a la compra.*

El miércoles por la mañana vino la policía. Gabriela llegaba tarde al trabajo. Llevaba

toda la semana durmiendo mal, no hacía más que darle vueltas a la conversación del domingo anterior con su niño Rafael, a las mil cosas que se habían quedado sin decir, a los silencios infantiles al otro extremo del hilo que quién sabía lo que podían significar. Esa mañana, tras una serie de noches agitadas, finalmente se le habían pegado las sábanas. Entraba en la oficina, apurada y furtiva, y ya desde la puerta los vio, parados junto a su puesto, iluminados por la luz de los fluorescentes. Uno traía corbata y chaqueta, muy arrugada, y se secaba todo el rato el sudor de la frente. El otro era más joven e iba en mangas de camisa; tomaba nota de todo, lo toqueaba todo. A Gabriela la visión le trajo recuerdos indeseados; habría querido no llegar nunca hasta su mesa, pero no pudo dejar de avanzar entre las filas de operadores que la observaban. La luz de la oficina se volvió más amarilla que nunca y las conversaciones telefónicas parecieron congelarse. La jefa la presentó; estaba nerviosa, se atropellaba al hablar.